

1. Diciembre de 1985, Boston

Ewa Manukyan

Siempre estoy helada. Incluso en verano, en la playa, bajo un sol abrasador, no me abandona esta sensación de frío en la espina dorsal. Debe de ser porque nací en invierno, en el bosque, y pasé los primeros meses de mi vida en una manga descosida de la pelliza de mi madre. A decir verdad, no se esperaba que yo sobreviviera. Por eso, si hay alguien para quien la vida es un regalo, ésa soy yo. Aunque no sé si es un regalo que necesitara.

A algunas personas los recuerdos sobre sí mismas se les activan muy temprano. Los míos comienzan en el orfanato católico, cuando tenía dos años. Siempre he querido saber qué nos pasó a mis padres y a mí durante todos esos años de los que nada recuerdo. Alguna que otra cosa supe por mi hermano mayor, Witek. Pero él también era demasiado pequeño entonces y los recuerdos que me dejó no bastan para reconstruir todo el cuadro. Cuando estaba en el hospital llenó la mitad de un cuaderno escolar contándome todo lo que recordaba. No sabíamos entonces que nuestra madre estaba viva. Mi hermano murió de septicemia a los dieciséis años, antes de que ella volviera de los campos de trabajo.

En mis documentos de identidad se indica como lugar de nacimiento la ciudad de Emsk. En realidad, ése es el lugar donde me concibieron. Mi madre huyó del gueto de Emsk en agosto de 1942, embarazada de seis meses. Se llevó consigo a mi hermano Witek, de seis años. Yo nací en un bosque impenetrable a unos cien kilómetros

de Emsk, en un asentamiento secreto de judíos huidos del gueto que se escondieron allí hasta que se produjo la liberación de Bielorrusia en agosto de 1944. En teoría se trataba de un destacamento de partisanos, aunque en realidad solo eran trescientos judíos que trataban de sobrevivir en una zona ocupada por los alemanes. Imagino que aquellos hombres armados, más que combatir contra los nazis, defendían su ciudad de refugios subterráneos, habitada por mujeres, viejos y algunos niños supervivientes.

Muchos años más tarde mi madre me contó que mi padre permaneció en el gueto, donde encontró la muerte. Algunos días después de que huiera mi madre, todos los que se quedaron fueron fusilados. Mi madre me dijo que mi padre se había negado a partir porque creía que la huida solo desataría la furia de los alemanes y precipitaría la masacre. Entonces mi madre, encinta, tomó a Witek y se marchó sin él. De los ochocientos habitantes del gueto solo trescientos decidieron escapar.

Los alemanes hacinaron en el gueto a los judíos de Emsk y de los pueblos cercanos. Mi madre no era de aquel lugar, pero se encontraba allí por una razón. Como era una comunista fanática, la habían enviado desde Leópolis\* como agente. A Witek lo había dado a luz en una cárcel de Leópolis en 1936. El padre era un compañero del Partido. A mí, en cambio, me tuvo con otro hombre al que conoció en el gueto. En mi vida he conocido a una mujer menos capacitada para la maternidad. Creo que si mi hermano y yo nacimos fue únicamente por falta de medios anticonceptivos y de facilidades para abortar. De joven, la odiaba. Luego, durante muchos años, pensé en ella con un frío estupor. Hoy apenas soporto estar con ella. Gracias a Dios, la veo en contadas ocasiones.

---

\* Leópolis, «ciudad de leones», sufrió muchos cambios de nombre durante el siglo XX. Bajo el Imperio austrohúngaro y la ocupación nazi se llamó Lemberg. Lvov, en tiempos de dominación soviética. Lwów, en los del gobierno polaco. Y Lviv cuando pasó a formar parte de Ucrania. Es un ejemplo que ilustra los múltiples cambios que experimentaron a la sazón las fronteras de la Europa Central. [*Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.*]

Cada vez que le pregunto sobre el pasado, se enfurece y empieza a gritar: para ella siempre he sido una pequeñoburguesa apolítica. Tiene toda la razón. Pero he tenido un hijo y sé muy bien que, cuando se trae un hijo al mundo, la vida de una mujer, en mayor o menor medida, se subordina a ese hecho. Aunque no en su caso. Ella es una fanática del Partido.

Hace un mes me presentaron a Ester Hantman. Una anciana encantadora, transparente, blanquísima, con el cabello cano de reflejos azulados. Es amiga de Karin, trabajaban juntas para no sé qué organización benéfica, y llevaba tiempo hablándome de ella, pero no sentí ni pizca de interés. Poco antes de Navidad, Karin organizó una fiesta con motivo de su quincuagésimo cumpleaños y enseguida me fijé en Ester. Había algo en ella que la distinguía entre esa multitud semidesconocida. La velada fue mucho más cordial de lo acostumbrado en Estados Unidos. La verdad es que había muchos polacos, algunos rusos y un par de yugoslavos. En fin, la presencia eslava en esa fiesta americana se hacía notar de modo agradable y de vez en cuando se oía conversar en polaco.

Hablo el ruso y el polaco con la misma soltura, pero en inglés tengo acento polaco. Ester lo notó cuando intercambiamos algunas palabras en medio de una conversación trivial.

—¿Es usted de Polonia? —me preguntó.

Esta pregunta siempre me plantea problemas. Me resulta difícil dar una contestación, pues donde se espera una respuesta rápida no puedo lanzarme a contar la historia prolija de que mi madre nació en Varsovia, pero que yo vine al mundo en Bielorrusia, de padre desconocido, que pasé mi infancia en Rusia y no fui a Polonia hasta 1954, que volví a estudiar a Rusia, de donde me trasladé a la RDA y de ahí a Estados Unidos...

Esta vez, sin embargo, no sé por qué le dije lo que nunca le digo a nadie.

—Nací en Emsk. Más exactamente, en Czarna Puszcza.

La anciana sofocó un pequeño grito.

—¿Cuándo naciste?

—En 1942 —le respondí.

Nunca escondo mi edad porque sé que parezco joven. Jamás me echan cuarenta y tres. Me abrazó con sus bracitos ligeros y su peinado azul se puso a moverse con un temblor senil.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Así que sobreviviste! Aquella loca te dio a luz en un refugio subterráneo, mi marido te trajo al mundo... Y luego, no me acuerdo exactamente... Me parece que no había pasado ni un mes cuando tomó a sus hijos y se fue a no sé dónde. Todos tratamos de convencerla de que se quedara, pero no atendía a razones. Estábamos convencidos de que os apresarían por el camino o en el primer pueblo al que llegarais... ¡Grande es el Señor! ¡Sobreviviste!

En ese momento salimos al vestíbulo. La verdad es que no podíamos separarnos. Cuando cogimos nuestros abrigos de las perchas, fue divertido. Nuestras pellizas eran idénticas, gruesas, de zorro, casi indecorosas para Estados Unidos. Luego supe que Ester también era muy sensible al frío.

Fuimos a su casa. Vive en el centro de Boston, en la avenida Commonwealth, en un barrio maravilloso a unos diez minutos de mi casa. Mientras íbamos en coche, yo al volante y ella a mi lado, me asaltó una sensación extraña: durante toda mi vida he soñado con tener cerca de mí a una persona mayor y sabia, alguien que pudiera guiarme y a quien poder obedecer con deleite. Siempre he sentido esa carencia. En el orfanato, por supuesto, nos imponían una disciplina severa, pero era algo completamente diferente. En mi vida siempre he desempeñado el papel de persona mayor: ni mi madre, ni mis maridos, ni mis amigos eran adultos. Pero en aquella anciana había algo que me daba ganas de estar de acuerdo de antemano con todo lo que dijera...

Entramos en su casa y encendió la luz: en el recibidor comenzaban las estanterías de libros que se perdían en las profundidades del apartamento. Ester se dio cuenta de que las miraba.

—Es la biblioteca de mi difunto marido. Leía en cinco idiomas y hay

una montaña de libros de arte. Tengo que encontrar unas buenas manos en las que dejar todo esto...

De pronto recordé lo que me había dicho Karin: Ester era una viuda sin hijos, bastante rica y muy sola. Casi toda su familia había sido asesinada durante la guerra.

Ester me contó lo que sigue. A mi madre la vio por primera vez en el gueto de Emsk, cuando empezaron a mandar allí por la fuerza a los habitantes de los alrededores. Antes solo vivían en el gueto los judíos de la ciudad. Al parecer, se establecieron en aquel lugar por voluntad propia, porque poco antes se había producido una terrible masacre de judíos: los reunieron en la plaza mayor, entre la iglesia católica y la ortodoxa, y empezaron a disparar. Mataron a mil quinientos judíos y los que quedaron con vida se refugiaron en el gueto.

No era uno de esos típicos guetos antiguos, formado por uno o más barrios, donde los judíos vivían desde la Edad Media. En Emsk, por el contrario, la gente abandonó sus casas en la ciudad para trasladarse a un castillo semiderruido que antaño perteneció a no sé qué príncipe. Lo rodearon con una alambrada y apostaron guardias. Al principio ni siquiera estaba del todo claro sobre quién se ejercía la vigilancia y de quién. Los policías eran del lugar, bielorrusos, porque los alemanes consideraban que ese tipo de trabajo no estaba a su altura. Y la relación con los bielorrusos estaba clara: les pagaban. Les pagaban por todo. Incluso se los podía sobornar para que suministraran armas.

—Tu madre no era de allí —me dijo Ester—. Era bastante guapa, pero muy brusca. Tenía un hijo pequeño. Ya me acuerdo de cómo se llamaba. Kowacz, ¿no?

Me recorrió un estremecimiento. Odio ese nombre. Sé muy bien que mi madre tenía otro apellido. Aquél era un apodo del Partido o el apellido escrito en uno de los documentos de identidad falsos con los que vivió la mitad de su vida. Y si me casé fue en parte porque quería librarme de aquel nombre falso. Todo el mundo se llevó un gran sobresalto. ¡Una judía polaca casándose con un alemán! La verdad es

que Erich también era comunista, de la RDA. De lo contrario no le habrían permitido estudiar en Rusia. Fue allí donde nos conocimos.

Miraba a Ester como un niño fascinado ante un pastel. Habría sido la madre, la tía o la abuela perfecta: una mujer suave y tranquila, elegante a la manera europea, con su camisa de seda y zapatos italianos, pero sin ostentación alguna o ese ingenuo lujo americano. Además, me llamaba «mi querida niña».

Sin que yo la presionara, me explicó que el gueto contaba con una fuerte organización interna, su propia administración y su propia autoridad: el famoso rabino Schirman, muy erudito y, según decían, un hombre justo. Ester y su marido eran judíos polacos, ambos médicos, y se habían trasladado a aquella región unos años antes de la guerra. Isaac era cirujano y Ester, dentista. No era una auténtica doctora, pero tenía una buena formación en su especialidad: se había diplomado en la escuela de odontología de Fráncfort. Ella y su marido no eran librepensadores, sino simples judíos que podían encender las velas del sabbat o bien dedicar la noche del sábado a ir a un concierto en una ciudad vecina. Los judíos locales los consideraban forasteros, pero iban a verlos para tratar sus dolencias. Cuando Alemania anexionó Polonia, Isaac enseguida le dijo a su mujer que había llegado el fin, que era necesario irse de allí, a cualquier otro lugar. Pensaba incluso en Palestina. Pero mientras reflexionaban sobre qué podían hacer, se encontraban bajo ocupación alemana, en el gueto.

Estábamos sentadas en el salón de un bello apartamento amueblado al estilo europeo, pasado de moda pero, a mi modo de ver, con muy buen gusto. El nivel cultural de sus propietarios era claramente superior al mío: es algo de lo que me doy cuenta enseguida, porque no me pasa muy a menudo. Una casa de gente rica. Con grabados y no pósteres. Los muebles no habían sido comprados de golpe, sino escogidos pieza a pieza. Y sobre un armarito bajo, una gran maravilla mexicana de cerámica, el árbol del mundo o algo parecido.

Ester estaba sentada en una butaca profunda con las piernas recogidas, como una niña. Se había quitado los zapatos, azules y de piel de

serpiente. Estos detalles siempre me han impresionado. Mi madre tenía razones para considerarme una pequeñoburguesa. El orfanato, el hospicio... Ese frío en la espalda no me deja olvidarlo. A mi madre aquella horrible miseria le parecía propia de una vida normal. Incluso debió de sentirse a gusto en los campos de trabajo estalinistas. Pero yo, cuando escapé de mi pobreza de huérfana, tenía ganas de besar cada taza, cada toalla, cada par de medias. En el primer año de nuestra vida en Berlín, en Prenzlauer Berg, Erich tomó un segundo trabajo para que yo pudiera comprar cosas: ropa, vajilla, todo-todo-todo... Sabía que era mi manera de curarme del pasado. Poco a poco se apaciguó ese frenesí. Pero, con todo, incluso aquí, en Estados Unidos, mi pasatiempo preferido es ir a los *garage sales*, las rebajas, los mercadillos... Grisha, mi actual marido, no se sorprende: él también es de Rusia, creció entre gente que pasaba hambre. Y a mi hijo Alex, nacido ya en Estados Unidos, también le encanta ir de compras. Somos unos consumistas empedernidos. Parece que Ester entiende todo esto.

—Las condiciones de vida en el gueto nos parecían horribles, porque entonces aún no habíamos visto lo peor. No sabíamos nada de los campos de concentración, de las dimensiones de la enorme masacre que se estaba perpetrando en toda Europa.

Sonreía mientras me hablaba de todo esto y había algo particular en la expresión de su rostro: distancia, tristeza y algo todavía más indefinible: sabiduría, imagino. Sí, hablábamos en polaco, lo cual es siempre un placer para mí.

—¿Cuánto tiempo vivisteis en el gueto? —le pregunté.

—Menos de un año. Desde el otoño de 1941. Y lo abandonamos el 11 de agosto de 1942. Después pasamos otros dos años en Czarna Puzcza, en un destacamento de partisanos. Vivimos en refugios subterráneos hasta la liberación. Un campo de partisanos familiar. Al final, de trescientas personas quedaron con vida ciento veinte. Había seis niños con nosotros. Dos más nacieron en el bosque. Tú y otro chiquillo, pero él murió. A pesar de todo, conseguimos mantener

con vida a todos quienes habían dejado el gueto hasta el final de la guerra.

—¿Por qué se fue mi madre de Czarna Puszcza? —le pregunté sabiendo la respuesta que me había dado mi madre, pero también consciente de que ella siempre miente. No, no es que mienta. Pero yo no puedo creer una palabra de lo que dice. Por eso, para mí era importante saber qué diría Ester. Por lo menos, ella es una persona normal.

—Intentamos que cambiara de idea. Me acuerdo bien de cómo se indignó Isaac por que pusiera en riesgo la vida de sus hijos al abandonar nuestro refugio. Ella ni siquiera respondía. La única persona con la que se relacionaba en el gueto era Naúm Bauch, un electricista.

Así descubrí cuál era el apellido de mi padre. Mi madre nunca lo nombró. Por tanto, si ella hubiera sido una mujer normal, yo me llamaría Ewa Bauch. Interesante.

—Hábleme de él, por favor —le pedí a Ester.

—Lo conocía poco. Me parece que no había acabado sus estudios de ingeniería. —Estaba sentada inmóvil, la espalda recta, como una auténtica aristócrata, y sin atisbo de esa gesticulación típicamente judía—. Isaac me dijo que una vez, antes de la guerra, le había pedido a Bauch que fuera al hospital para arreglar algún aparato. Gozaba de una posición privilegiada en el gueto. Como Isaac, por otra parte. Algunos judíos tenían permiso para trabajar en la ciudad. Isaac pasaba consulta en el hospital, y Bauch también trabajaba en la ciudad.

»En el gueto Naúm y tu madre vivían juntos. Ocupaban una pequeña celda en el ala izquierda. El castillo estaba semiderruido y nos pusimos a restaurarlo cuando nos obligaron a instalarnos allí. Al principio incluso pudimos comprar material de construcción. Bajo la dirección del *Judenrat*. Todo acabó horriblemente mal. El hecho es que el *Judenrat* sobornaba constantemente a la policía bielorrusa. Había un tipo infame, no recuerdo su nombre, el jefe local de la policía, que nos prometía que las acciones (comprendes lo que significa, ¿verdad?) no afectarían a los habitantes del gueto mientras le pagáran-



mos. En aquella época habían empezado a exterminar a todos los judíos que vivían en los pueblos cercanos. Nosotros lo sabíamos. El *Judenrat* pagaba una especie de rescate. Pero aquel miserable, aunque hubiese querido, no habría podido hacer nada por nosotros. Solo estaba saqueando nuestro dinero. Pero entonces a nadie le quedaba ya nada. Las mujeres daban sus anillos de boda, sus últimas joyas. Yo también di mi alianza. No sabía los entresijos entonces y ahora ya no tienen importancia.

»Algunas personas creían de verdad que se podía pagar por la vida. Por eso, cuando se habló de la fuga, se organizó una especie de asamblea general donde se produjo una ruptura: una mitad estaba a favor de escapar y la otra en contra. Los que se oponían estaban seguros de que, después de la huida, se llevarían a cabo horribles persecuciones contra los que se quedaran. En realidad, todo iba más allá de meras persecuciones, ya me entiendes. Entre los que organizaban la huida había combatientes auténticos, comprometidos, dispuestos a luchar... Recibían ayuda de la ciudad y tenían contacto con los partisanos, aunque entonces no lo sabíamos. En realidad, todo lo organizó un único judío, un joven llamado Dieter. Trabajaba como intérprete para la Gestapo. De alguna manera se las apañó para ocultar que era judío. Luego lo detuvieron, pero también consiguió escapar.

»Una vez, en las postrimerías de la guerra, vino a visitarnos en nuestro campo de Czarna Puzzcza. Combatía en un destacamento de partisanos rusos y lo mandaron donde estábamos nosotros con una vaca. Los partisanos habían comprado, o tal vez robado, el animal y le pidieron a uno de nuestros muchachos, carnicero, que les preparara embutido. Dieter trajo esa vaca, los nuestros lo reconocieron y se alegraron de verlo. Alguien sacó aguardiente casero, él se sentó en un tocón y empezó a hablar de Cristo. Los nuestros se limitaron a intercambiar miradas: en aquel momento nada podía haber más estúpido que hablar de Cristo. Creo que estaba un poco loco. Figúrate, en aquella época se había bautizado y no dejaba de enseñarle a todo el mundo unos iconitos. Resultaba difícil creer que era él

precisamente quien había organizado la huida. A principios de 1945, después de la liberación, viajamos con él en el primer tren a Polonia. Alguien luego me dijo que se ordenó sacerdote católico después de la guerra.

»Pero entonces, la noche antes de la huida, el conflicto en el gueto era tan fuerte que estalló una pelea. El viejo rabino Schirman, que ya había rebasado los ochenta, consiguió apaciguarlos a todos. Tenía cáncer de próstata, Isaac lo había operado en el castillo. Bueno, lo de operar es una manera de hablar, le había introducido un catéter. El rabino se subió a una silla y todos se callaron. Dijo que él se quedaría, que no tenía intención de marcharse a ninguna parte. Que quien no tuviera fuerzas para irse que se quedara. Pero que quien las tuviera para emprender la huida que se fuera. Isaac dijo que nosotros nos iríamos, y así lo hicimos. Tu madre también vino con su hijo, pero Naúm se quedó. Nadie sabía que estaba embarazada, solo Isaac porque poco antes había acudido a él para pedirle que le practicara un aborto. Él se negó porque el embarazo estaba ya muy avanzado.

Ester sacudió su pulcra cabecita.

—Lo ves, tenía razón: mira qué chica tan guapa nació. Y sobrevivió...

Ester parecía extenuada y además ya era muy tarde. Quedamos en volver a vernos y me fui.

Tengo una sensación extraña: siempre he querido conocer todas las circunstancias de entonces, tener noticias de mi padre. Y ahora, de repente tengo miedo. Deseo con la misma intensidad saber y no saber, porque durante mucho tiempo he arrastrado el peso de mi pasado. Solo en los últimos años, con Grisha, he conseguido librarme de él. Y ahora no me reconozco en la pequeña Ewa del orfanato polaco de Zagorsk o en la adolescente del hospicio soviético, como si fueran los fotogramas de una película vista hace mucho tiempo. Ahora, de pronto, tengo la oportunidad de averiguar cómo ocurrió todo en realidad. Aún no puedo imaginar qué puede obligar a una mujer joven, madre de dos hijos, a abandonarlos en un orfanato... Me parece que hay algo aquí que no sé.